

La libertad en Dostoyevsky (*)

I.— *Ensimismamiento o enajenación: Autonomía o teonomía*

Memorias del subsuelo (1864) es el pórtico de las grandes obras dostoyevskianas. Libro clave y complejo, que es un grito y una protesta contra el ambiente racionalista y socialista, contra todo intento de mutilar al hombre, de ponerle límites a los anhelos infinitos de su espíritu. El hombre no es (sólo) racional y no quiere ser dichoso (con una dicha finita): necesita el misterio, lo inconmensurable y lo eterno (1).

«El hombre quiere obrar como le da la gana y no como le aconsejan la razón y la propia conveniencia.

»La afirmación de su voluntad, su propio capricho, aunque sea una locura, es precisamente la mayor conveniencia para el hombre, que no se somete a ninguna clasificación y envía todas las teorías y sistemas a paseo.

»Y ese necio y absurdo capricho nuestro, señores, puede ser lo mejor para gente como nosotros, aunque nos traiga perjuicio y esté en contradicción con nuestro sentido común, porque ese necio capricho nuestro *conserva lo más querido para nosotros, que es nuestra personal individualidad.*

»La realidad es que *el hombre no hace más que demostrarse a sí mismo que es un hombre y no un tornillo.*»

Libro complejo, (2), pero podemos ver en él ahora dos cosas: *una afirmación y un problema:*

- 1) *afirmación de la libertad*, como elemento esencial de la persona.
- 2) planteamiento del problema: *la libertad ¿es algo absoluto o condicionado?*

Dostoyevsky llegará al resultado de que una libertad *ilimitada* conduce a la negación de la libertad y que el hombre sólo puede ser libre sometiéndose a Dios, saliendo de su *ensimismamiento y enajenándose* en Dios.

(1) He utilizado para estas notas sobre todo N. BERDIAYEF, *El credo de Dostoyevsky*. P. EVDOKIMOF, *Introducción a Dostoyevsky*. H. DE LUBAC, *El drama del humanismo ateo*.

(2) Descubre además la fascinación del mal, de la propia destrucción en el fondo del alma humana.

(*) Resumen de la conferencia leída en el *Instituto Filosófico de Balmesiana* el día 30 de abril de 1968.

A través de sus novelas Dostoyevsky realiza un experimento: ¿a dónde conduce la libertad ilimitada? ¿Qué pasa cuando un hombre se libera de Dios?

«Dostoyevsky toma un hombre liberado, libre de toda ley, un hombre salido del orden, lo examina en esa libertad ilimitada y descubre los disolventes resultados a que conduce esa libertad absoluta» (3).

Esa libertad incondicionada no es humana: se vuelve contra el hombre. Raskolnicof no es un hombre superior, es un hombre acabado: el hombre no puede vivir más allá del bien y del mal. Stavroguin no es un hombre liberado, libre de trabas, plenamente hombre; es un hombre sin motivos para vivir, apático, cruel, que acaba suicidándose. Piotr Verjovensky, Iván Karamázof, no son tipos de hombres plenamente realizados; son hombres fracasados, repulsivos o trágicamente equivocados. Nos está diciendo Dostoyevsky que la libertad ilimitada no es para el hombre (4).

Iván Karamázof proclama (y recogerá la idea, entre otros, Sartre) que *si no hay Dios, todo está permitido*. Pero a renglón seguido Dostoyevsky descubre que *si todo está permitido, nada tiene sentido*. Ha intuido profundamente que la libertad no puede separarse del Ser y del Bien. (Todo ser tiene su *modo de ser*, su naturaleza, y obra conforme a esa naturaleza: necesariamente (cuerpos inorgánicos), instintivamente (plantas, animales), libremente (el hombre, dotado de razón). Se trata siempre de lo mismo, *de cumplir la ley*, la propia ley inscrita en la propia naturaleza. La libertad no se le da al hombre para hacer lo que quiera, sino para que se realice conforme a su ser, a su modo de ser. Una libertad *para hacerse, no para deshacerse*, para destruirse. El hecho de que el hombre pueda destruirse, indica que su libertad es deficiente).

Kirillof, el alucinante personaje de *Demonios*, proclama a su vez: *si no hay Dios, yo soy Dios*. Pero los hechos demuestran, por el contrario, que *si no hay Dios, no hay hombre*.

El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Sólo por Dios y en Dios el hombre puede ser hombre. Si no hay Dios, no hay hombre. Considerar la libertad como una liberación de Dios es la destrucción de la libertad y del hombre.

La libertad del hombre no es absoluta, sino condicionada. El hombre sólo es libre cuando se somete a Dios. Hay una enajenación necesaria y liberadora. *Porque Dios no limita la libertad del hombre, sino que la funda* (lo mismo que la fuente no limita el arroyo o la raíz al árbol...)

(3) BERDIAYEF, cap. II.

(4) Surge aquí la comparación con NIETZSCHE. Como ha escrito certeramente BERDIAEFF, «Dostoyevsky sabe todo lo que sabía NIETZSCHE, pero sabe además lo que NIETZSCHE ignoraba». Y DE LUBAC: «donde NIETZSCHE ve un apogeo (el superhombre), allí ve DOSTOYEVSKY un fracaso».

II. — *Amor o compasión: libertad o felicidad*

Dostoyevsky descubre en la libertad una *aporía* fundamental, que se resolverá en *misterio*: el bien ha de hacerse libremente; el bien, la verdad no pueden imponerse por coacción; pero, afirmada la necesidad de la libertad, queda la puerta abierta para el mal y para el sufrimiento; y si optamos por eliminar el mal, eliminamos a la vez el fundamento de la dignidad humana, que es la libertad para el bien.

Este es el problema. Dostoyevsky nos hará ver que nos hallamos frente «al misterio mismo del Cristianismo».

La alternativa «o libertad o felicidad» está expuesta magistralmente en ese texto extraordinario que es la *Leyenda del Inquisidor Mayor*.

Cristo ha vuelto a la tierra. El Inquisidor Mayor le hace prender y entabla proceso contra El: monólogo exaltado que es, en frase de Urs von Balthasar, la única acusación seria que se ha levantado en veinte siglos contra el Cristianismo: *Cristo ha fundado una religión demasiado elevada para los pobres hombres que somos*. El Inquisidor, «uno de los grandes amantes de la humanidad, devorado por la compasión», ha corregido la obra de Cristo, ha asumido con unos pocos el peso de la libertad, de la elección entre el bien y el mal..., para que la gran masa de los hombres, de la gente sencilla, débil, pueda ser feliz.

«En vez de privarles de libertad, Tú has hecho que sean aún más libres. ¿Es que has olvidado que la tranquilidad y hasta la misma muerte les son más queridas que la libre elección del Bien y el Mal? No hay cosa más seductora para el hombre que la libertad de su conciencia, pero tampoco que le haga sufrir tanto. Y Tú, en vez de darles unos principios estables e indiscutibles para tranquilidad de su conciencia, les has dado lo confuso, lo enigmático y misterioso, todo lo que es superior a sus fuerzas, y has hecho esto *como si no les tuvieras amor*.

»Has buscado el amor libre del hombre y no un amor de esclavos aterrorizados. Pero has juzgado mal al hombre, porque en realidad es un esclavo, aunque rebelde por naturaleza.»

El Inquisidor Mayor añade: el Cristianismo es una religión aristocrática, sólo unos pocos santos han podido vivirlo:

«Puedes señalar con orgullo a esos hijos de la libertad y del amor libremente dado y a las magníficas ofrendas que hacen a tu nombre. Pero acuérdate de que sólo han existido unos cuantos millares que hayan sido casi dioses... ¿Y los demás? ¿Qué culpa tienen los demás de no haber podido soportar lo que otros más fuertes? ¿Qué culpa tiene el alma débil de no poder soportar el peso de tu don? ¿Acaso has venido sólo para unos cuantos elegidos?

»Tú les has prometido el pan celestial, pero ¿acaso puede parecer éste mejor que el terrenal a un hombre débil, vicioso y siempre ingrato? Y sí, atraídos por el pan celestial, te siguen algunos miles de hombres, ¿qué ocurrirá con los millones que han de preferir siempre

el pan terreno? ¿O es que sólo amas a los fuertes...? ¡Oh, nosotros amamos también a los débiles!»

En resumen, el Inquisidor Mayor se aparta de los orgullosos y fuertes (los santos, que son la minoría) y se vuelve hacia los humildes y débiles para hacerles felices.

El Inquisidor parece ser más bueno que Cristo. Pero su bondad es sólo *compasión*, no es *amor*. El Inquisidor tiene un bajo concepto del hombre: es incapaz de un amor libre, es esclavo, será siempre niño, no es persona responsable, busca el pan terreno y no el celestial... (5).

El proceder de Dostoyevsky es el único posible ante el misterio. (Porque se trata de un misterio: misterio de la libertad [de la permisión de la libertad], que por un lado funda toda la libertad del hombre, y por otro es origen de todo el sufrimiento del mundo). El procedimiento consiste en eliminar hipotéticamente el misterio: imaginar la otra alternativa: felicidad sin libertad. Y tenemos el hormiguero humano, el rebaño de hombres reducidos a perpetuos minorennes, el mundo escalofriante que ha descrito lúcidamente Huxley en *Brave new world*.

Luego la verdad está en la libertad, aunque no lo comprendamos todo. Y notemos que Cristo exige mucho del hombre, porque al mismo tiempo le da el don de su gracia, que robustece su libertad y le hace capaz de todo lo grande y sublime. No hace falta ser héroes para ser cristianos, ser santos.

Al alegato del Inquisidor Mayor Cristo no responde una sola palabra. Se levanta en silencio y besa al anciano Inquisidor. Y Alíoscha que ha estado escuchando el relato de Iván, exclama: ¡Pero si todo esto, más que acusación es la más perfecta apología del Cristianismo! Es lo notable de este texto extraordinario: la mayor acusación contra el Cristianismo es a la vez el testimonio más completo a su favor.

Pero además este amor ateo, esta compasión, es utópico y destructor.

Una de las páginas más bellas que ha escrito Dostoyevsky se halla en *El adolescente*, cuando Versilof relata su sueño en el que ha visto «el amor y la tristeza», de los hombres que se han liberado de Dios: «Al quedar huérfanos los hombres, lo primero que harían sería abrazarse mutuamente con gran amor. Se cogerían de las manos comprendiendo que al estar solos lo representaban todo uno para otro... El sobrante del amor a Dios se encaminaría a la naturaleza, al hombre...» Pero Versilof se da cuenta de que no es más que un sueño: «Amigo mío, todo eso es una fantasía y la más inverosímil...» (6).

Si no hay Dios ni inmortalidad, *el amor al prójimo es imposible*,

(5) Cfr. las admirables palabras de MOUNIER: «Los hombres quieren pan ante todo, seguridad suficiente y paz. Pero están hechos de tal manera que si tuvieran bastante pan para pensar en lo que quieren, pedirían libertad antes que pan».

(6) *El adolescente*, parte III, cap. VII.

repite constantemente Dostoyevsky (7). «Debo hacerte una confidencia —habla Iván K.—: nunca he podido comprender cómo es posible amar al prójimo. Sobre todo al prójimo, al mío, es imposible amarlo; si acaso, a los lejanos... En abstracto aún se puede amar al prójimo y hasta a veces desde lejos; pero de cerca casi nunca. Si todo pasase como en el teatro, en el *ballet*, donde los mendigos cuando se presentan, salen con unos harapos de seda y rotos encajes y piden limosna bailando graciosamente, aun es posible mirarlos con gusto, pero no amarlos» (8).

Lo que es *en realidad* el amor ateo, el término *real* a que conduce la compasión, lo ha descrito ampliamente Dostoyevsky en su profética obra, *Los demonios*.

Todos los que han pretendido amar al hombre más que Dios y tener más compasión que Dios, intentando crear un mundo mejor donde el mal no exista, llegan a las mismas conclusiones que **Shigalef**: «Partiendo de la libertad ilimitada, llego al despotismo ilimitado». El amor ateo (el revolucionario) se libera de Dios y predica a los hombres el evangelio de la liberación. Pero el término de todo es, paradójicamente, la esclavitud de las masas. Es un proceso fatal genialmente descrito por Dostoyevsky en sus proféticas obras. La libertad ilimitada destruye a la sociedad lo mismo que al individuo.

Shigalef propone «la división de la humanidad en dos partes desiguales. Una décima parte de la misma recibiría la libertad personal y un derecho ilimitado sobre las otras nueve partes restantes. Éstas vendrán obligadas a perder la personalidad y a convertirse en algo así como un rebaño y mediante una obediencia sin límites, alcanzar la primitiva inocencia... Lo que yo propongo no es ninguna canallada, sino el paraíso, el paraíso terrenal, y otra cosa no puede hacerse en la tierra». (9).

Pero hay más; la compasión, el amor ateo, no solamente convierten al hombre en esclavo, en no-hombre, sino que lleva a *la violencia*. El revolucionario predica la necesidad de la violencia, de un tiempo de dolor y de desprecio, para instaurar finalmente un paraíso terrestre, para recrear una humanidad nueva y feliz, que justificará el precio de dolor y de muertes que hubo que pagar. «Una o dos generaciones depravadas son ahora indispensables; de una depravación inaudita, ruin, en que el hombre se convierta en un ser asqueroso, cobarde, cruel, egoísta... Y además sangre fresca, para que se acostumbre... (9). El amor ateo se revela terriblemente cruel y despiadado con el hombre: por amor al hombre futuro, no tiene piedad del hombre presente.

En general, Dostoyevsky arguye contra todo paraíso terrestre, tanto

(7) Cfr. *Diario de un escritor*, octubre 1876, IV y diciembre III. Refuta de antemano a CAMUS. Y si los hombres que se declaran ateos de hecho se aman, ello será no en razón de su ateísmo, sino en razón de su naturaleza de hombres y por la permanente influencia en sus corazones de ese Dios que niegan.

(8) *Bernanos K.*, parte II, libro V. cap. IV.

(9) *Demonios*, parte II, caps. VII y VIII.

si es el resultado de la *revolución*, como si lo es de la *evolución* y el progreso. Rechaza todo intento de darle al hombre un destino terreno, de sustituir el reino de Dios por el reino de la tierra, la inmortalidad por el futuro. ¿Por qué? Porque queda un dato sin explicar: *el sufrimiento*. La revolución (o el progreso) conducen al hombre a una futura armonía y felicidad. Pero supone la muerte y el dolor de muchos hombres inocentes. ¿Puede ser captada, en un horizonte ateo, una *armonía* obtenida a tan alto precio?

No, contestará Iván K. (con unas palabras que, aunque dichas en otro contexto, valen con mayor razón contra la tesis revolucionaria de Verjovensky): «Dime francamente: figúrate que tú mismo dispones el destino de la humanidad con intención de hacer a lo último felices a los hombres, de darles finalmente la paz y la felicidad; pero que para eso fuese menester, de modo indispensable, martirizar aunque sólo fuese a la más humilde criatura, a un niño... ¿Te atreverías a hacer de arquitecto con estos cimientos?» (10).

Como hace notar K. Rahner, si se niega la inmortalidad y la eternidad, cualquier momento del tiempo es indiferente. No hay ninguna razón para sacrificar el instante presente (la historia presente) al futuro, que pasará lo mismo que este presente, porque sin la eternidad el tiempo no es más que una sucesión de instantes que no llevan a ninguna parte.

Solamente el Reino de Dios y la Eternidad dan sentido al tiempo, y al sufrimiento, y son el verdadero destino de la humanidad.

«Se ha tachado de *cruel* a Dostoyevsky. Pero es la suya la crueldad del amor verdadero. Fue cruel precisamente porque no quiso librar al hombre de su libertad, ni salvarle de sus sufrimientos a costa de ella. Le hizo responsable como debe ser el hombre libre.» (11).

Final

Dostoyevsky rechaza toda clase de *heteronomía*, toda opresión de la persona por la sociedad, toda abdicación de la libertad en aras de paraísos terrestres.

Dostoyevsky rechaza también la libertad ilimitada, la *autonomía* absoluta, la rebelión total, que a la postre se manifiesta destructora del hombre y de la libertad.

Dostoyevsky hace ver que la solución del problema es la *teonomía*. Enajenarse en Dios. Dios no limita la libertad del hombre, porque Dios no es *otro*. Es la raíz y la fuente del ser del hombre y de su libertad (12).

JUAN PEGUEROLES, S.I.

(10) *Hermanos K.*, parte II, libro V, cap. IV.

(11) BERDIAYEF, cap. III.

(12) Cfr. EVDOKIMOF: «La *heteronomía* ahoga la libertad, la *autonomía* conduce al hombre hasta la divinización de lo arbitrario donde zozobrará en lo demoníaco. Solamente en la aceptación libre y creadora de la *teonomía* encuentra el hombre la verdadera libertad, pues en Dios todo *hetero* desaparece, y en El el hombre reconoce su patria y se encuentra a sí mismo».